

# SUMARIO

Ideas alemanas acerca de la táctica. Influencia de la guerra Sud-Africana (continuación); pág. 257.—Napoleón jefe de ejército: Ulma (continuación), por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 260.—Cálculo de las pérdidas hipotéticas y su real aminoración durante los simulacros de combate por el general de división italiano E. Degiorgis, traducido por don N. Martínez Aloy, capitán de Infantería; pág. 264.—Variedades: La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna (continuación), por M. Arthur Zapp; pág. 266.—Sección bibliográfica: Importancia de nuestras posesiones en Africa y modo de aumentar nuestra preponderancia en Marruecos; memoria por don Antonio Trucharte, primer teniente de Infantería; pág. 272.

Pliegos 113 y 114 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA (3.<sup>a</sup> edición), por D. Joaquín de La Llave y García, coronel, teniente coronel de Ingenieros.—Pliego 3.

## IDEAS ALEMANAS ACERCA DE LA TÁCTICA

### Influencia de la guerra Sud-Africana

(Traducción de la *Revue Militaire des Armées Etrangères*)

(Continuación)

Cuanto mayor va siendo el alcance de las armas—dice Balk—tanto mayor va siendo también la distancia que separa á los combatientes, y más pequeñas van resultando sus pérdidas.

«Las pérdidas no van siendo menores á pesar de la precisión de las armas, sino á causa de esa misma precisión».

Y en apoyo de tal aserto, presenta las siguientes cifras:

*Tanto por ciento de las pérdidas causadas por el fuego*

*(vencedores y vencidos)*

En tiempos de Federico. . . . .	17	por 100
En la época napoleónica. . . . .	15	»
En la guerra de Crimea. . . . .	14	»
En la guerra de 1866. . . . .	8	»
En la de 1870: Antes de la caída del imperio. . . . .	9,5	»
— Después de la caída. . . . .	3	»
Pérdidas de los ingleses en Maggersfontein. . . . .	7,4	»
— — en Colenso. . . . .	5,8	»
En los batallones más castigados en Maggersfontein. . . . .	35 y 24	»
— — — en Colenso . . . . .	24, 16 y 13	»

A las cifras anteriores opone Balk el tanto por ciento de las pérdidas sufridas por algunos batallones franceses y alemanes en 1870.

El 18 de Agosto.—Batallón de tiradores de la Guardia.	44 por 100
Primer batallón del 2.º regimiento,	55 »
Fusileros del 85.º . . . . .	52 en 20 minutos
El 16 de Agosto.—Medio batallón del 35.º con un efectivo de 400 hombres: 9 oficiales y 150 soldados . . . . .	» en 5 minutos
El 6 de Agosto.—El primer batallón de tiradores franceses . . . . .	53 en 15 minutos

Los sucesos del Transvaal no ofrecen, como se deja ver, particularidad notable alguna, ni desde el punto de vista de la magnitud de las pérdidas, ni desde el de su rapidez, pues ni los Blak-Watch ni los Highlanderse en Maggersfontein, ni los tres batallones que iban en cabeza de la 5.ª brigada en Colenso, tienen que envidiar nada á los regimientos de infantería alemanes, números 35 y 85, ni á los tiradores franceses del primer regimiento.

Por lo demás, la proporción de las pérdidas en 1870 antes y después de la caída del imperio, demuestra elocuentemente la influencia del valor de los combatientes.

¿Valdrán más las tropas europeas que las tropas inglesas? Quizá no sean más valientes, pero, en todo caso, están mejor instruidas, y, gracias á ser mejor empleadas, conservan más intacto su valor moral.

Al pronunciar severo juicio acerca del valor de las tropas inglesas, los alemanes recuerdan, sin duda alguna, su ejército de 1866, formado en gran parte de reservistas, novicio casi en absoluto, puesto que la mayor parte de sus generales, jefes, oficiales y soldados no habían entrado nunca en fuego.

Aquel ejército, merced á una instrucción y á una educación sólidas adquiridas en tiempo de paz, dió pruebas, desde los primeros encuentros, de un valor superior al de los austriacos, que habían estado guerreando á menudo desde 1815. Este hecho merece ser tenido en cuenta.

Los autores alemanes no se han impresionado por el efecto de las armas modernas hasta el punto de que crean necesaria una revolución en el sistema de hacer la guerra.

Una buena instrucción táctica y la voluntad de vencer á toda costa, siguen siendo, en opinión suya, la segura garantía de un éxito satisfactorio.

Este éxito se obtendrá por medio de grandes acciones en los campos de batalla, y únicamente atacando.

## II

Si existe en Alemania unanimidad de pareceres acerca del poder decisivo y permanente de los ataques á fondo, en cambio, la discusión es muy viva en lo referente á la manera de verificarlos: por otra parte, es

de gran interés hacer constar que la mayor parte de los argumentos aducidos en estos tres últimos años, se hallan consignados ya en los estudios hechos con motivo de la guerra de 1870.

En dicha campaña, como en la del Transvaal, el ofensor siguió en sus comienzos un sistema defectuoso de ataque y sufrió, como era consiguiente, pérdidas considerables.

El problema se planteó entonces de igual modo que lo plantean ahora los que lo habían perdido ya de vista ó los que nunca habían pensado en él, es decir, en la forma siguiente:

¿Cómo se podrá establecer el ofensor en la zona decisiva de combate con fuerzas superiores á las del defensor, conseguir sobre éste la superioridad de los fuegos, y acercarse á él cada vez más hasta el punto de que le sea posible alcanzar de un salto la posición que trata de expungar?

Ya queda dicho que la zona decisiva de combate se ha elevado desde unos quinientos metros á ochocientos ó mil, lo cual no introduce variación en los términos esenciales del problema.

La emoción, sin embargo, ha sido grande en ciertas esferas.

El sistema de ataque de los ingleses había sido análogo al empleado por Tempelhof y por Doberitz aquí y allá, sobre todo, en las maniobras imperiales.

Aquella emoción se convertía en indignación después del artículo sensacional del *New-York Herald* en el verano último citando los juicios críticos, después negados, de los generales americanos é ingleses.

«... Los americanos lo mismo que los ingleses—se leía en el citado artículo—han estado unánimes en declarar que la táctica de la infantería alemana sería impracticable en el caso de una acción real...

»La infantería alemana quedaría aniquilada en una guerra moderna y no serviría sino de magnífico blanco á los disparos del enemigo».

Esto sin embargo; fueron pocas, y poco autorizadas además, las voces que se levantaron para pedir la reforma de los reglamentos.

Muchos deseaban que se mantuvieran íntegros; otros, como Scherff, pedían una reglamentación más estrecha; los más moderados, y según todas las probabilidades los de mayor inteligencia, sin estar de completo acuerdo en el sentido de algunas modificaciones que juzgaban necesario introducir en los reglamentos, pedían una ligera reforma que afianzase la armonía entre el valor de la materia útil y la manera de emplearla.

En las altas esferas militares parece ser que se estuvo de acuerdo con esta última idea, y por medio de una orden confidencial fechada en 6 de Mayo de 1902, se llamó la atención acerca de la eficacia que el armamento actual puede tener sobre las primeras unidades encargadas de desplegar su frente, y acerca de la vulnerabilidad extrema de toda formación compacta en terreno descubierto.

Puede preverse el sentido en que estará orientado el punto de vista

oficial, sin esperar la publicación, ya anunciada, de una monografía escrita por el Gran Estado Mayor acerca de las «Enseñanzas que se pueden obtener de las guerras extra-europeas». El movimiento de las ideas emitidas de un año á esta parte en la literatura militar, permiten esa previsión.

El resumen de la polémica se hará tomando como punto de partida la conferencia dada en Berlín el 5 de Marzo de 1902 por el teniente coronel Lindenau, jefe de sección del Gran Estado Mayor, cuyas conclusiones se pueden resumir en la forma siguiente:

La obscura situación creada por el armamento de tiro rápido y por la pólvora sin humo, obliga á un primer despliegue «parsimonioso y metódico».

Las primeras unidades metidas en fuego pueden prolongar su frente; pero no más de lo necesario para cubrir el movimiento de las tropas que vayan escalonándose en sentido profundo.

El frente de la compañía debe prolongarse hasta tener 130 metros y el del batallón 400; pero el de las grandes unidades no aumenta en la misma razón, pues resulta suficiente el de 700 metros para el regimiento y el de 1500 para la brigada.

Reconocer el terreno en dirección al enemigo por medio de patrullas que vayan agazapadas contra el suelo y conducidas por oficiales provistos de buenos anteojos.

Distribución de tiradores en conformidad con los accidentes del terreno.

(Continuará)



## NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

(Continuación)

### U L M A

De aquel día datan las órdenes preparatorias relativas á la concentración del ejército francés en Alemania. La distribución de este ejército en los campamentos era entonces la siguiente: Bernadotte en Hannover; Marmont en Utrecht; Davout en Ambleteuse; Soult y la reserva de caballería con Murat en Bolonia; Mortier en Etaples; Ney en Wimereux y Augereau en Brest. En Lombardia se hallaba Jourdan, reemplazado poco después por Massena. No necesitó el Emperador más de dos días para tomar una resolución definitiva. Había dicho: «He tomado mi partido. El movimiento ha comenzado; el 17 de Septiembre estaré en Alemania con 200.000 hombres.» (A Talleyrand). El mismo día envió á Murat y á Bertrand á Alemania para explorar su futuro teatro de operaciones. Debían reconocer por sí mismos *de visu* las plazas, las carreteras, los

afluentes del Danubio, así como también las orillas de este río, y recojer además informes sobre todos los pasos que condujesen al Tirol y á Bohemia é igualmente sobre los desfiladeros de la Selva Negra.

El 28 de Agosto, fué Savary enviado también á Alemania. Como en este intervalo fué tomando cuerpo el plan del Emperador, la misión que se encomendó á dicho oficial contenía ya detalles más precisos. Debía reconocer las carreteras que, partiendo de Philippsbourg, Bruchsal y Durlach franqueasen el Neckar en Heilbronn, Cannstadt Esslingen, y condujesen después, por las orillas del Danubio, á Dillingen, Gundelfingen y Ulm, así como todas sus comunicaciones transversales. Todo el plan de campaña del Emperador se encontraba ya bosquejado en estas instrucciones y nosotros hemos de estudiarlo con tanta más atención cuanto que Napoleón, ejerciendo desde entonces un poder absoluto, como jefe del Estado, no teniendo que guardar consideraciones á nadie, podía dar libre curso á su genio y aplicar sus principios sin restricción alguna.

Desde luego vemos que tomó la determinación de buscar en Alemania la solución de la guerra. Ya hemos indicado, al tratar del plan de campaña de 1800, que en dicho país era donde todo iba á decidirse. Por esta razón el Emperador envió allí la mayor parte de sus fuerzas, 200.000 hombres, mientras en Italia oponía solamente 50.000 á la masa principal de los austriacos. La aplicación del principio de llegar al punto decisivo con fuerzas superiores en número, despreciando lo accesorio, en ninguna parte resalta de una manera más sobresaliente, más grandiosa. Con arreglo al plan de operaciones trazado en 1800, era el ala izquierda de Kray la que debía ser atacada por fuerzas superiores en número; por analogía, en 1805, esta superioridad numérica debía producir sus efectos contra el ala derecha del ejército austriaco de Alemania, como lo demuestra la enumeración de las carreteras, el reconocimiento de las cuales se confió á Savary. Esta ala derecha del enemigo estaba completamente indicada, era el objetivo más próximo á los cuerpos procedentes del Noroeste y aun á los de Bernadotte y Marmont, que venían del Norte. Atacando de esta suerte á dicha ala derecha con fuerzas superiores y envolviéndola, se proponía el Emperador cortar completamente á los austriacos sus comunicaciones con Viena y aniquilarlos.

Aquí tenemos ocasión de observar la diferencia que existe entre los procedimientos napoleónicos y los de las guerras contemporáneas. En su primer plan de operaciones de 1800, pero particularmente en el de 1805, Napoleón efectúa el despliegue estratégico de su ejército sobre uno de los flancos del enemigo, de suerte que por la simple marcha á vanguardia para librar la batalla, se apodera de la línea de comunicaciones del adversario y el primer choque conduce ya á un Ulma ó á un Jena. Hoy no podría ya verificarse esto. Como debemos procurar utilizar todas nuestras vías férreas para efectuar nuestro despliegue estratégico, y, por otra

parte, el adversario ha de utilizar también todas las que conduzcan á la frontera, los dos adversarios se encontrarán, en el momento de dicho despliegue, sensiblemente frente á frente. Ya no será, pues, posible asegurar, por medio del factor *espacio*, la superioridad desde el despliegue estratégico, siguiendo el ejemplo dado por Napoleón, cuando efectuaba el suyo sobre uno de los flancos del adversario; únicamente la utilización del factor *tiempo* podrá todavía facilitarnos ventajas en el curso de las operaciones.

Efectuándose en el periodo napoleónico por etapas la entrada en línea, se disponía de todo el tiempo que se quisiera para reconocer la distribución de las fuerzas enemigas y su situación; viendo claramente en la situación estratégica, podía, por tanto, un general en jefe concentrar sus fuerzas sobre uno de los flancos del enemigo. La actual rapidez en la movilización, y el empleo de los ferrocarriles para el despliegue estratégico exigen que esta operación esté preparada, en todos sus detalles, desde el tiempo de paz; en el momento de la ejecución no será, pues, posible modificar este despliegue en razón de la posición de uno ú otro flanco del adversario. Por consiguiente, sólo á la terminación del despliegue estratégico, al comienzo de las operaciones propiamente dichas, será posible realizar combinaciones estratégicas superiores á las del enemigo, á fin de ganar uno de sus flancos ó sus retaguardias; y por esta razón la maniobra, con que Napoleón inauguraba sus campañas, no podrá repetirse necesariamente en nuestros días, sino después de los primeros encuentros. No podemos ya, por tanto, comenzar por un Jena, sino después de un Wörth ó un Spicheren, podremos, sin embargo, elegir líneas de operaciones que obliguen al adversario á librar batalla en condiciones análogas á las de Gravelotte-Saint-Privat.

Mientras que el Emperador mandaba reconocer de este modo su futura zona de marcha por oficiales de confianza, dió ya á su jefe de estado mayor general, Besthier, las órdenes necesarias para mandar ejecutar «una contramarcha á todo su ejército» (25 de Agosto) y el 31, dijo en tono satisfecho: «El gran ejército se halla en plena marcha; estará todo á orillas del Rhin el 23 de Septiembre.» (Al príncipe Eugenio: Campamento de Bolonia.) Estas órdenes de movimiento fueron, en resumen, las siguientes: Bernadotte concentraría su cuerpo de ejército en Göttingen y llegaría á Wurzburg el 23 y 24 de Septiembre. Marmont se dirigía á Maguncia, donde concentraría su cuerpo de ejército del 20 al 25 de Septiembre para reunirse después con Bernadotte en Wurzburg. El 28 de Agosto, las divisiones de cabeza de los cuerpos Davout (ala izquierda), Soult (centro) y Ney (ala derecha) abandonarían los campamentos de la Mancha; las segundas divisiones les seguirían con dos días de intervalo y á su vez serían seguidas por las divisiones restantes. Para distraer la atención del enemigo, el Emperador quedó provisionalmente en Bolonia

y designó ostensiblemente á Murat para reemplazarle á la cabeza del ejército. Este debería llegar á Estrasburgo el 11 de Septiembre. El 31 de Agosto, la guardia imperial, mandada por Bessières, abandonó á Bolonia para dirigirse también á Estrasburgo.

El 29 de Agosto, el Emperador organizó el gran ejército de 1805 del modo siguiente:

El Emperador  
 Mayor general: Berthier  
 Guardia imperial: Bessières . . . 6.000 hombres

<i>Cuerpos de ejército</i>	<i>Divisiones de infantería</i>	<i>Divisiones de caballería</i>		
1.er cuerpo Bernadotte	Drouet . . . . . Rivaud	Kellermann . . . . .	18.000	»
2.º cuerpo Marmont	Boudet . . . . . Grouchy Dumonceau	Lacoste . . . . .	21.000	»
3.er cuerpo Davout . . .	Bisson Friant . . . . . Gudin	<i>Caballería ligera</i> Vialannes . . . . .	27.000	»
4.º cuerpo Soult . . .	Saint Hilaire . . . . . Vandamme Legrand Suchet	Margaron . . . . .	41.000	»
5.º cuerpo Lannes . . .	Oudinot . . . . . Gazan	Treilhard . . . . .	18.000	»
6.º cuerpo Ney . . . .	Dupont . . . . . Loison Malher	Tilly . . . . .	24.000	»
Reserva de caballería	División de coraceros	Nansouty. D' Hautpoul. Klein.	22.000	»
Murat . . .	División de dragones.	Walter. Beaumont. Bourcier.		
	Dragones á pie . . . .	Baraguey d' Hilliers		

En reserva, y organizándose quedaban todavía á retaguardia:

*Divisiones de infantería*

El 7.º cuerpo:	(Desjardins . . . . .)	14.000	»
	Augereau . . . . . (M. Mathieu . . . . .)		

y en Alemania:

El cuerpo Bávaro . . . . .	Deroy . . . . .	20.000	»
Auxiliares wurtembergueses.	Seeger . . . . .	5.000	»
Id. badeneses . . . . .	Harraut . . . . .	3.000	»

Resultando para el ejército de operaciones un total de 219.000 hombres

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE

## CÁLCULO DE LAS PÉRDIDAS HIPOTÉTICAS Y SU REAL AMINORACIÓN DURANTE LOS SIMULACROS DE COMATE

POR EL GENERAL DE DIVISIÓN ITALIANO E. DEGIORGIS

Las más recientes campañas demuestran la necesidad absoluta de una profunda instrucción en el arte de conducir tropas.

Ante la potencia aniquiladora de los fuegos, ya no basta el heroísmo; éste necesita, hoy más que antes, del concurso, siempre superior, de la inteligencia.

.....  
Cuanto menores sean las probabilidades de éxito, basadas tan sólo en el ataque y en el ciego ardimiento, tanta mayor preferencia ha de concederse al estudio y á la habilidad en maniobrar con arreglo á lo que dicten el terreno y las circunstancias. Por esto debe exigirse de todo comandante, cualquiera que sea su categoría, que incesantemente amplíe el caudal de sus conocimientos.

VERDY DU VERNOS

*Estudios sobre el arte de conducir tropas*

... se ven obligados á reconocer que las maniobras de tiempo de paz, por el solo hecho de no originar pérdidas durante la acción, son fuente de ideas erróneas.

HOHENLOHE

*Carta 16.ª acerca de la infantería*

### PROEMIO

No pocas veces, asistiendo á ejercicios de combate, ha llamado mi atención, como indudablemente á otros muchos antes y después que á mí, lo irracional de algunos actos tácticos, debido esencialmente á que el simulado combate no ocasiona pérdidas. La lectura de autorizados escritores de cosas militares me ha convencido de que, en los ordinarios ejercicios doctrinales, difícilmente se logra la verdadera imagen de la guerra y la consiguiente eficaz instrucción de los cuadros, que es uno de los principales objetivos á que, por su medio, debiera llegarse.

Bajo la preocupación de ese doble orden de ideas, que las citas arriba expuestas caracterizan, hace algunos años que había empezado á estu-

diar la posibilidad de introducir, en los ordinarios ejercicios de la infantería, una particularidad á mi juicio de bastante importancia: *el cálculo de las pérdidas y la práctica disminución, en los efectivos de las tropas maniobreras, durante las diversas y sucesivas fases de un combate simulado, de las pérdidas así calculadas.*

Parecióme satisfactorio el resultado de mis estudios; me abstuve, sin embargo, de publicarlo, ó de presentarlo á la superioridad, por estarse á la sazón elaborando el reglamento provisional de ejercicios para la infantería, de fecha 11 de octubre de 1889, uno de cuyos apéndices debía destinarse precisamente á servir de norma en los simulacros de combate; y parecióme prudente esperar la publicación del anexo núm. 2 del mismo reglamento, no fuera que el resumen de mis estudios resultara, por casual coincidencia, estéril con dicha publicación. Empero, no he encontrado, en el anexo antedicho, disposición alguna, relativa al cálculo y á la substracción de las pérdidas en las fracciones en ejercicio, que tenga analogía con el resultado de mis estudios. Tampoco el actual reglamento definitivo, de 11 de febrero de 1892, consigna regla ó instrucción alguna sobre el particular.

Entre tanto mis personales observaciones y las mucho más autorizadas de distintas personalidades del ejército han venido arraigando en mí, de día en día, el convencimiento de lo utilísimo que sería la introducción de ese nuevo elemento en los simulacros de combate, induciéndome á hacer de ello argumento para una conferencia, en la que mis ideas se sometiesen á la discusión y al examen de la superioridad.

Lo que sí puedo desde ahora asegurar es que el resultado de mis estudios es de aplicación fácil y cómoda, como lo atestiguan algunos ensayos ya realizados. Pero naturalmente, para que tal aplicación resulte prácticamente útil, necesario es que cuente con la oportuna sanción de la superioridad y, consiguientemente, que tenga validez su adaptación á la instrucción.

Otra consideración me ha movido á presentar este trabajo, y es que, en lo sucesivo, cuando se distribuya á las fuerzas el cartucho de salvas modelo 1890, vendrá á faltar, en los simulacros, el humo, uno de los principales elementos que permitían, en otro tiempo, colegir la posición, la fuerza y también, hasta cierto punto, la maniobra del adversario así como la utilización por éste de los accidentes topográficos.

Era, en una palabra, un elemento de orientación que ahora vendrá á faltar. Esta novedad aportará una nueva y real dificultad en los ejercicios, ya que habrá riesgo de que éstos se presenten menos conformes, aún, con la realidad, de cuanto lo han sido hasta ahora, si no se introduce en los mismos un nuevo elemento que á la realidad los aproxime.

Ese elemento, á mi juicio, debe ser:

*La introducción, en los ordinarios simulacros de combate, del cálculo*

*y de la real aminoración de las pérdidas sufridas, en las sucesivas fases del combate simulado, por las diversas fracciones maniobrantes.*

Esto permitirá á los jefes de bando formarse un criterio de la fuerza del adversario que tienen en frente, ó cuando menos de la eficacia de su fuego: dato, éste, de influencia capital en las disposiciones que hayan de adoptarse para el mejor desarrollo sucesivo de la acción. En cambio, si no se quiere introducir en la maniobra este nuevo elemento de realidad, ocurrirá por lo menos tener que dar, con frecuencia, á los comandantes de bando noticias acerca del adversario y del fuego que absorbe su atención, pues de lo contrario, con la pólvora sin humo, será imposible, en los simulacros, deducir aquellos criterios de maniobra que, en la verdadera guerra, impone la densidad de las pérdidas.

Aparte esta ventaja, más sensible ahora que en lo pasado, merced precisamente á los nuevos explosivos, existen otras, que creo pueden ser inherentes á la introducción de ese nuevo elemento en los simulacros de paz, y que á la ligera enumero:

1.º *El combate simulado adquirirá, con esto, un carácter de verdad, del que ahora, en absoluto, carece:*

- A) por la duración;
- B) por la inevitable confusión;
- C) por la disminución de los efectivos, que es una secuela de las pérdidas;
- D) por los reemplazos improvisados en el mando, impuestos por las pérdidas.
- E) por la adopción de la amplitud oportuna del frente.

Traducido por

(Continuará)

N. MARTÍNEZ Y ALOY,  
Capitán de Infantería.



## VARIEDADES

### LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

#### EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA  
por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

—Qué tienes, tío?—pero el propietario del dominio de Nöringsfelde pareció no haber oído la pregunta de su sobrino: sus ojos, fijos en el pseudo joven, estaban como cautivos, como hechizados; su fisonomía

revelaba el vivo interés que hacia aquella sentía, y su entrecortada respiración indicaba claramente que se hallaba bajo el dominio de una emoción verdadera. Sus labios temblaron, y de ellos se escapó un nombre de mujer.

—Beatriz!

Tal fué el nombre que llegó claramente á los oídos del joven oficial, quien colocando afectuosamente la mano sobre el brazo de su tío, que se hallaba como bajo el imperio de un encanto, le dijo en voz baja é inclinando hacia él:

—Pero qué es lo que tienes?

El señor von Nöring, saliendo por fin del sueño en que parecía sumido se pasó la mano por la frente, exhaló un suspiro, y repuso con voz apenas perceptible:

—Los muertos resucitan!

Después, dirigiéndose á su sobrino añadió en voz baja:

—Más tarde te lo explicaré todo.

Cuando terminó la representación, el coronel tuvo la amabilidad de estrechar la mano del capitán Rommel y de manifestarle que jamás se había divertido tanto en la fiesta del Emperador, y que la 3.<sup>a</sup> compañía parecía contar con hombres inteligentes y listos que serían, y de ello estaba seguro, tan buenos soldados como buenos artistas acababan de revelarse. El jefe del regimiento se dignó luego aceptar de manos del teniente Wittich un vaso de cerveza, que se bebió á la salud de la compañía.

Mientras que se iban colocando las sillas en doble fila á lo largo de las paredes y se barria y rociaba el suelo de la sala, se retiraron de ella, los jefes, los oficiales y las señoras de éstos, y poco después empezó la segunda parte de la fiesta, que no era la más desagradable. El capitán Rommel inició el baile, teniendo por pareja á la joven esposa de su sargento mayor; los oficiales y los soldados siguieron su ejemplo, y daba gusto ver el ardor con que las parejas se arremolinaban en la sala y el vigor con que los mosqueteros hacían girar á sus hermosas parejas: flotaban las faldas, se coloreaban los semblantes, centelleaban los ojos, y todo indicaba el placer que el baile les causaba.

El señor von Nöring condujo á su sobrino á otra habitación inmediata en la que se habían preparado mesas al efecto, y pidió una botella de vino: llenó los vasos, y apuró el suyo de un trago: su mirada había vuelto á ser soñadora; parecía pensativo y guardaba el más profundo silencio.

El teniente Wittich lo miró con admiración, y luego le dijo:

—Tío: digiste que ibas á darme una explicación.

El caballero rural se sobresaltó como al que lo arrancan de un sueño, é hizo después, con ademán inquieto, una señal afirmativa.

—Algo extraño me ha ocurrido, hoy Bruno—dijo.—Has debido notar que la entrada en escena de ese joven soldado que ha hecho el papel de mujer en la comedia, ha producido de pronto en mi ánimo el efecto de una visión. En un abrir y cerrar de ojos me he transportado á veinte años atrás, y ha surgido ante mi el pasado. Una joven á la cual conocí hace mucho tiempo, ha aparecido ante mis ojos con toda la belleza y con toda la frescura de la juventud; Beatriz Hennig, institutriz de la más joven de mis hermanas. Acababa yo de dejar la Academia y había regresado al seno de mi familia para adquirir la práctica de la agricultura en el dominio de Nöringsfelde, que yo debiera impulsar y fomentar más adelante. Beatriz Hennig era una joven graciosa y encantadora, seductora y sugestiva. Si á eso añades lo solitario de la propiedad de Nöringsfelde, el temperamento, y el sentimentalismo que suele tenerse á los veintiseis años, no te admirará que me enamorase perdidamente de la bella institutriz y que desease ver correspondido mi amor. Ella era muy joven, tenía de diecinueve á veinte años, y por más que tratara de evitarme y que adoptara para conmigo una actitud reservada y tímida, acabó por sucumbir á las naturales sensaciones de su corazón, que se despertaba.

Empezamos por vernos y por hablarnos en secreto, y la pasión creció en nuestros pechos con una fuerza cada vez más viva. Un día descubrieron mis padres nuestro dulce secreto. Ocurrió una escena violenta. Mi madre agobió á la joven con sus recriminaciones: yo la defendí con energía y declaré, formalmente, que no quería renunciar á su amor, y resultó de esto, que al terminar la sesión fué despedida la institutriz, y que ésta se marchó á Berlin. Yo mantuve con mi padre una seria discusión: me expuso con calma, pero con firmeza, que sus derechos de padre y de jefe de la familia le obligaban á oponerse á mis relaciones con Beatriz Hennig y á negarme todo subsidio, esto es, á cerrarme su bolsa, en el caso en que yo insistiera en mi deseo de contraer un matrimonio que no correspondía á mi esfera social. A pesar de eso me fui á Berlin con el propósito de encontrar allí á Beatriz y de cumplirle, tan pronto como me fuera posible, la promesa que le había hecho. Como además del verdadero amor que yo tenía á Beatriz, ésta se hallaba en estado interesante, consideré como el más sagrado de mis deberes, restituírle el honor que le había quitado; pero una mañana, desapareció Beatriz. Cuantos esfuerzos hice para encontrarla, fueron inútiles. Sólo pude saber, y esto al cabo de algunos años, que mi padre, de acuerdo con los padres de ella, la había decidido á que aceptase de él un pequeño capital y que se fuese al extranjero. No he oído hablar más de ella.

La voz de von Nöring, que en ciertos momentos en que aquel se dejó llevar de sus recuerdos, había tenido viriles vibraciones, había ido debilitándose y tomado, por último, una entonación melancólica. Otra vez guardó silencio, apoyó la frente en su mano, y volvió á soñar.

Dejáronse oír en la sala los cadenciosos acordes de un vals sugestivo. El oficial colocó suavemente la mano en el hombro de su tío, absorbo en sus recuerdos, y le dijo con voz fresca y clara:

—Tío: déjate de pensar en lo pasado. Cumpliste con tu deber: nadie podrá dirigirte reproche alguno.

Y levantando su vaso, añadió:

—Tío: á tu salud!

El señor von Nöring bebió al mismo tiempo que su sobrino, y luego le dijo en son de respuesta:

—Tienes razón, sobrino. Es inútil romperse la cabeza con sutilidades: esa historia terminó hace mucho tiempo. Sin embargo, algunas veces, cuando á mis solas reflexiono en esta existencia poltrona en la soledad de Nöringefelde me entristezco, tengo conciencia de mi vida miserable, y pienso que aquel ser que es carne de mi carne y sangre de mi sangre, se halle quizá tan sólo y tan abandonado como yo en el mundo, y este pensamiento me atormenta y me aflige.

Suspiró: su animado semblante se contrajo fuertemente y sus ojos centellearon, en tanto que exclamaba con emoción mal contenida:

—Sería tan grato para mí tener un hijo, un hombre sano de cuerpo y de espíritu que fuese la alegría y el sostén de mi vejez!... un bravo joven, guapo... lo mismo que ese mosquetero cuya presencia ha despertado en mi corazón los recuerdos de pasados días, tanto los buenos como los malos!

El teniente que, mientras su tío abría así su corazón, reflejaba el fastidio en su cara,apuró otro vaso para darse ánimos. Bien hubiera querido terminar aquella conversación cuyo asunto era para él de los más penosos. Para no herir la susceptibilidad de su tío, sumido en sus recuerdos, al no demostrar que se interesaba en ellos, le hizo en tono ligero la siguiente observación:

—Pero es verdad, tío, que ese hombre se parece tanto á...?

El propietario de Nöringsfelde no le dejó concluir y le dijo con viveza:

—Te digo que tiene una semejanza tan perfecta con Beatriz Hennig, una semejanza tan admirable, que hubiera podido creer que... No acabó la frase, meneó tristemente la cabeza en señal de duda, y siguió diciendo:—Y sin embargo, es imposible! Cómo dices tú que se llama ese joven?

—Pablo Horn, querido tío.

—No dijo que su padre había sido funcionario municipal en Berlín?

—Sí, tío.

—Entonces no es, sencillamente, sino una semejanza casual que me alucina y que... bah!... El señor von Nöring hizo con la mano un ademán enérgico como hombre que desea desechar un pensamiento tenazmente fijo en su imaginación, y vaciando de nuevo el vaso, dijo á modo de conclusión:

—No hemos venido aquí para forjarnos quimeras, sino para pasar el rato agradablemente. Ven, querido sobrino: no faltan en la sala del baile jóvenes lindas que se considerarán dichosas con que un oficial tan gentil como tú les ofrezca el brazo para bailar un vals.

El teniente se inclinó sonriendo como para dar las gracias á su tío: éste lo cogió del brazo y ambos se dirigieron alegremente al salón de baile.

## CAPÍTULO X

*En el cual se le tiende un lazo al noble polaco, y como el teniente Wittich hace un descubrimiento de los más sorprendentes.*

En el periodo que siguió á la fiesta por el cumpleaños del Emperador, el capitán Rommel hizo diversas veces alusión al talento artistico de que habian dado pruebas los soldados con motivo de la representación. Desgraciado de aquél que en los ejercicios de compañía ó de pelotón que se verificaban casi á diario, tratase de escurrir el bulto ó maniobrase con flojedad: el culpable recibia en el acto una formidable reprimenda, Scharff, Rühl, Lehmann, y en fin, todos aquellos que más se habian distinguido el día de la fiesta, tuvieron que escuchar más de una vez este amable cumplido: «Si sí: representar comedias, no es lo que os interesa: en escena todos estais muy bien; pero en el campo de maniobras, sois lo más perezosos y lo más torpes que he visto en mi vida.»

Apesar de estas admoniciones, no perdían su buen humor los soldados, siquiera en aquella época del año el servicio fuera extraordinariamente pesado, y que muchos de aquellos, cuando *el oso* estaba de mal temple, fueran castigados con revista de inspección, con guardias, ó con servicios suplementarios, y hasta con calabozo: conllevaban alegremente su suerte, daban pruebas de buen compañerismo en todas circunstancias, y se distraían juntos en las horas de descanso. Unicamente Przychanowski, el noble polaco, aguaba algunas veces las fiestas, sea murmurando de sus camaradas con el jefe de la escuadra, sea ejercitando su mano indigna y miserable de ratero, muy sospechosa ya, eliminando las salchichas y el jamón que los soldados recibían de sus casas. Como en vez de cesar estas raterías se hicieran cada vez más frecuentes, sus camaradas llegaron á enfadarse seriamente y decidieron tender un lazo al noble polaco con el fin de sorprenderlo *infraganti*. Un día en que se recibió una caja con provisiones, procedente de Berlin, facturada á nombre del corpulento Westphal, concertaron un plan y lo pusieron al instante en ejecución. Después que los compañeros de escuadra de Westphal hubieron recibido

de éste su parte alicuota, como de costumbre, y tan pronto como Przychanowski se fué al cuarto del jefe de la escuadra para desempeñar en él su cargo de cepillar la ropa y los zapatos, Scharff guardó en su armario el resto de las provisiones, no encerrando Westphal en el suyo más que una sola salchicha, que fué bañada, á presencia de todos, con una mano de anilina. Hecho esto dejaron todos la cuadra y se encontraron en la meseta de la escalera al noble polaco embetunando las botas del sargento.

—Przychanowski—le dijo amistosamente Westphal—quieres venirte con nosotros á la cantina? Yo pago un *Landwehrtöpf*, y tal vez dos.

El noble polaco, de ancho rostro, se sonrió abriendo la boca descomunamente, y se apresuró á recoger los útiles de la limpieza y hacer con ellos un paquete.

—Sí me voy;—dijo—Przychanowski está siempre dispuesto á divertirse en unión de sus compañeros, sobre todo, cuando se trata de beber.

Cuando todos juntos hubieron consumido tres *Landwehrtöpfe*, que pagó Westphal, y sus compañeros trataron de escotar entre sí lo suficiente para pedir que les sirvieran el cuarto, Przychanowski se levantó con ligereza.

—No puedo estar por más tiempo aquí—dijo—tengo aun que cepillar la ropa del señor sargento,—y dichas estas palabras, desapareció rápidamente en tanto que sus camaradas se echaron á reír de la mejor gana posible.

—Compañeros—dijo Westphal—si el zorro cae en el lazo, aun os pagaré otra ronda.

Permanecieron un cuarto de hora más en la cantina, y luego salieron de ella embargados por la más viva ansiedad. Al abrir de pronto la puerta de la cuadra, descubrieron al polaco delante de su cubeta lavándose con fuerza las manos, y al ver entrar á sus compañeros como una tromba, bajó apresuradamente la cabeza.

—Qué haces ahí, Przychanowski?—le preguntó Westphal—que apenas podía reprimir la risa producida por su triunfo.

El noble polaco, bajando aún más la cabeza, balbuceó algunas palabras con voz apenas perceptible.

—Me he ensuciado con el betún y no quiere desaparecer esa maldita suciedad!

Sus compañeros no pudieron contenerse por más tiempo y rodearon al polaco: Scharff, echándole mano con fuerza, lo separó de la cubeta, y Westpahl, dándole un vigoroso puñetazo, hizo que el bribón levantase la cabeza.

(Continuará)



---

 SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA
 

---

IMPORTANCIA DE NUESTRAS POSESIONES EN ÁFRICA Y MODO DE AUMENTAR NUESTRA PREPONDERANCIA EN MARRUECOS, por don Antonio Trucharte, primer teniente de infantería.—Memoria leída y premiada en certamen de cuerpo; (62 páginas y un croquis).—Castellón, 1903.

No es poco ni desdeñable todo cuanto viene escribiéndose, desde lejana fecha, acerca de Marruecos, con el patriótico fin de obtener del cuarteado imperio moro un nuevo florón para el poderío español. Precorizan unos, como eficaz medio de predominio, la sagacidad diplomática (sagacidad se necesita!); encomian otros (los menos) una enérgica y hábil acción militar; y señalan, en fin, algunos (los más *evidentes*) una sabia y pacífica política de mutua atracción, basada en estrechar y robustecer los lazos que mejor unen y hermanan hoy los pueblos: una justa y racional reciprocidad en las relaciones comerciales y la más amplia protección al desarrollo y próspero rendimiento de los veneros de riqueza natural. Pero todos ellos, unánimes, convergen hacia una aspiración común, cual es reavivar con savia española un cuerpo anémico, por la ignorancia nacida del fanatismo religioso, y casi exangüe, por sus incesantes y enconadas revueltas, antes que, consumido por la decrepitud á que le ha llevado su atávica inercia en la senda del progreso, le sobrevenga la aniquilación total y tras ella se repita uno de los inicuos repartos que registra la historia moderna, en los que, sabido es, *quien parte, reparte y... etc.*

Hasta ahora, por desidia idiosincrásica nuestra (por desgracia, dirán los que todo lo atribuyen al hado fatal), tan fructífera semilla ha caído en campo yermo, y de esperar es que esta esterilidad perdure en tanto que no se roture el terreno. Mas, dejando de lado disquisiciones, por no decir lamentaciones, ajenas á este lugar, pero que aun cuando no lo fueren convencidos estamos de que nuestra voz, al corearlas, no habría de dar mayor resonancia á la masa de las que, sin hallar eco, las han precedido y se apagaron, vengamos al trabajo que motiva estas líneas.

El señor Trucharte, con ocasión del último de los plausibles certámenes anuales celebrados en su regimiento, ha logrado la prioridad en el premio, disertando acerca del tema antedicho, con tan espontánea modestia como abundoso acopio de útiles noticias y juiciosas consideraciones; unas y otras acreditan el cabal y proficuo estudio que aquél, sobre el terreno, primero, y ante el libro, después, ha sabido realizar, así como el loable interés con que investiga en un problema que será de incesante actualidad y capital trascendencia para nuestra nación mientras no se resuelva en definitiva.—M.